



2015, Año Internacional de los Suelos

Nuestros suelos están en peligro debido a la expansión de las ciudades, la deforestación, el insostenible uso de la tierra y las prácticas de gestión, la contaminación, el sobrepastoreo y el cambio climático. El ritmo actual de degradación de los suelos pone en peligro la capacidad de satisfacer las necesidades de las generaciones futuras. Por estas razones, la 68ª sesión de la Asamblea General de la ONU declaró el 2015 como Año Internacional de los Suelos.

Los suelos son de enorme importancia para la producción de alimentos, combustibles, fibras y productos médicos y son esenciales para los ecosistemas; desempeñan un papel fundamental en el ciclo de carbono, almacenan y filtran agua y también intervienen en los efectos de inundaciones y sequías. Pero a diferencia de otros recursos, éste se mantiene casi invisible a los ojos de la mayoría de la población. Y es que el suelo, como los ecosistemas, requiere cientos de años para



formarse y tener la capacidad de aportar nutrientes a la vegetación.

Alimentar a una población creciente y atender las necesidades de más de 805 millones de personas que actualmente

padecen hambre y desnutrición va a aumentar la presión que ejercemos sobre nuestros suelos, de ahí la importancia de mantenerlos sanos y productivos.

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) estima que un tercio de todos los suelos están en proceso de degradación debido a la erosión, compactación, obturación, salinización, agotamiento de la materia orgánica y los nutrientes, acidificación, contaminación y otros procesos, y calcula que, a menos de que adoptemos enfoques nuevos, la superficie mundial de tierra cultivable y productiva por persona equivaldrá en el año 2050 a sólo una cuarta parte del nivel que tenía en 1960.

En México, se estima en 57% el porcentaje de territorio dedicado a actividades agropecuarias. Según datos de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA) dados a conocer a finales del año 2013 en el informe "Manejo Sustentable del Suelo en México", cerca de la mitad del territorio sufre algún nivel de degradación química, física, hídrica o eólica; el 42.04% del territorio nacional está afectado por algún nivel de pérdida de suelo por erosión hídrica, y el 88.96% por erosión eólica.

Negacionismo

Se llama *negacionismo* a la tendencia, cada vez más extendida, a negar hechos bien establecidos científica o históricamente, debido a que van en contra de ciertas ideologías.

Entre los negacionismos más conocidos están el del cambio climático, que afirma que este grave fenómeno no existe, o bien que no es causado por el tremendo aumento en la concentración de dióxido de carbono y otros gases de invernadero en la atmósfera, producto de nuestro acelerado consumo de combustibles fósiles en los últimos dos siglos. Plantea en cambio que el aumento en las temperaturas promedio globales sería producto de ciertos "ciclos naturales" a pesar de los datos, obtenidos cuidadosamente durante décadas y exhaustivamente confirmados por distintos métodos, que permiten afirmar que se trata de un fenómeno real. Los negacionistas del cambio climático tampoco consideran que en los modelos para estudiarlo ya se ha tomado en cuenta el efecto de los ciclos naturales del Sol y de la Tierra, ni que el hecho del cambio climático global causado por el ser humano es aceptado por la inmensa mayoría de expertos mundiales en el tema.

Está también el negacionismo del sida, que afirma que no existe el virus que causa esta grave enfermedad, el VIH, o bien que el virus existe, pero no es el causante del sida. Nuevamente, afirmaciones basadas en ideas hoy claramente refutadas, como que la causa del sida es el uso de drogas o la desnutrición.

¿Por qué son peligrosos estos negacionismos? En primer lugar, porque son falsos a la luz de todo el conocimiento científico actual. En segundo, porque pueden objetivamente causar daño: si no aceptamos la realidad del cambio climático y sus causas, será todavía más difícil lograr que los gobiernos y empresas del mundo emprendan las costosas acciones que se requerirán ya no para evitarlo, pero sí para mitigar sus efectos. En el caso del sida, negar que es una infección viral contagiosa puede ocasionar nuevos e innecesarios contagios, al fomentar que la gente deje de protegerse.

Pero hay una tercera razón: los negacionismos son nocivos porque, al descalificar el conocimiento científico y los métodos, datos y argumentos que lo sustentan, y al presentar ideas absurdas basadas en datos falsos o sesgados como si fueran "teorías" válidas que deben discutirse en igualdad de condiciones con la ciencia legítima, socavan la confianza de los ciudadanos en la ciencia y el pensamiento crítico, y promueven la charlatanería, la creencia en conspiraciones y la credulidad.

Hay muchos otros tipos de negacionismo: el que niega que el ser humano haya llegado a la Luna; el que afirma que las vacunas son dañinas o inútiles; el que insiste en que nunca ocurrió el holocausto judío, o que la evolución es una ficción... Todos comparten una característica: se rehúsan a aceptar los datos que no concuerdan con sus ideas. La posibilidad de cambiar de idea, de ajustar sus convicciones a la luz de la evidencia, les es simplemente inconcebible, quizá porque los negacionistas basan gran parte su autoestima y su personalidad en las ideologías que defienden.

A diferencia de la ciencia, que avanza reconociendo sus errores y ajustando sus teorías, el negacionismo exige que el mundo se ajuste a sus creencias, pésele a quien le pese. En el fondo, el pensamiento negacionista es profundamente anticientífico.